

GLORIAS ISLEÑAS

Galdós y Canarias

Recuerdos de la juventud de don Benito.—

Su discurso ante los canarios en Madrid.—

El homenaje póstumo de los escritores y
poetas isleños.

× × ×

LIBRERIA HESPERIDES.—(CANARIAS)

Santa Cruz de Tenerife

Galdós y su país nativo

En Madrid, una noche, en el salloncillo de Novedades, le preguntamos a don Benito Pérez Galdós:

—¿Y usted, don Benito, no piensa en volver a Canarias?

—¿Yo? ¿A qué he de volver a Canarias?—nos respondió—. Mi familia más próxima, mis amigos más íntimos, todos han muerto.

Porque Pérez Galdós es isleño, nacido a muchas millas de Europa, en Las Palmas de Gran Canaria, una ciudad y una isla que, cuando él vió la luz, estaban como fuera del mundo. Las Palmas se envanece de haberle servido de cuna, y aprovecha cualquier ocasión para hacer constar que el autor admirable de "Fortunata y Jacinta" abrió los ojos por primera vez bajo aquel cielo, cuyas brumas tenues y blancas tamizan el sol del Atlántico. Literariamente, don Benito es, ante todo, de Casti-

lla; su veta y su genealogía artísticas son el redaño de España. Si algún localismo hubiese que atribuirle, sería el de Madrid. Sus novelas de la Corte son lo mejor de su pluma y de lo mejor también de cuanto se ha escrito modernamente en castellano. Pero hay en todos sus libros, en su donaire para apodar a las gentes y en la sorna con que murmuran de los hijos de su entendimiento excelso, un maliz y como una saturación de la gracia especialísima que los canarios emplean al pintar y comentar sus tipos locales y sus propias costumbres. Frases sueltas, rasgos fugaces, moles gráficos, salpicados en una vida muy diferente de aquélla y sólo sabidos y comprendidos en su justo valor, por los que hemos nacido allí. ¿Imagináis ahora el drama de todo un pueblo orgulloso de que don Benito sea paisano suyo? ¡Pensar que las páginas de Pérez Galdós encierran únicamente cosas atisbos de nuestra isla, y que sólo los canarios somos capaces de aquilatarlos como algo muy exclusivo nuestro!

En su estudio biográfico acerca de don Benito, dice "Clarín" que el gran novelista apenas tiene biografía. Cita el lugar y la fecha de su nacimiento, y entra de lleno en lo

que podría denominarse la existencia continental de Pérez Galdós. A Leopoldo Alas le interesaba principalmente la personalidad artística del novelista, y se circunscribió a estudiar la formación literaria de éste, a partir de su llegada a la Corte. Hoy don Benito ha sido definitivamente consagrado; y al público, a su público numerosísimo, le interesa cuanto se relaciona con su vida de ahora y de ayer. Pormenores insignificantes que "Clarín" desdeñó en su crítica, demasiado subjetiva y de "aventura" a través de los libros; pero que, acaso, no sean del todo impertinentes, mañana, en un estudio completo sobre el autor de los "Episodios".

Sus estudios

Don Benito comenzó sus estudios en el colegio de San Agustín, instalado entonces en el local de la Audiencia y después a espaldas del Seminario. El edificio de la Audiencia, trasladada por aquel tiempo a Tenerife, es un antiguo ex-convento de cantería, expropiado en virtud de las leyes de Mendizábal. Las ventanas traseras, abiertas a los huertos de Vegueta y a las vegas de San José, mar de maizales que bajaba des-

de las laderas de las montañas a la playa; mar ondulante y susurrador, dividido del otro mar turbulento, por el festín de las olas, hervir de lumbrés y espumas, batalla eterna del Atlántico y la isla.

Ante una de esas ventanas tuvo, quizá, don Benito sus primeras divagaciones de novelista. No era un estudiante revoltoso ni un estudiante inepto: era, sencillamente, un estudiante distraído. Sentado de cara al libro, un codo clavado en el pupitre y la barba apoyada en la mano, se pasaba las horas balanceándose de izquierda a derecha, sin chistar, ni mirar al texto, con el alma ausente, quién sabe dónde. De tarde en tarde, la voz de don Diego Mesa interrumpía sus viajes imaginarios:

—¡Señor Pérez, estudie!

El señor Pérez bajaba los ojos, leía tres o cuatro renglones, hasta que una mosca o una nube se llevaba tras de sí el alma andariega. Entonces se llamaba Pérez sin el aditamento de ningún otro apellido. El Pérez Galdós vino después, con sus primeros triunfos en Madrid, y con las gestiones de su familia que han recabado la contracción de ambos apellidos, sin advertir, quizá, que la gloria personal de

esos nombres no es transferible. Ya entonces, don Benito cultivaba la caricatura, anuncio del inagotable humorismo con que, al correr de los años, había de describir, maravillosamente, toda la España contemporánea: burócratas hueros, sablistas astutos, héroes sin recompensa, santos desconocidos, ídolos populares, labriegos, reyes, granujas. El director del colegio, don Diego Mesa, presintió el mérito de aquel muchacho ensimismado, y guardó sus dibujos y sus planas cuya diversidad de trazos y asuntos indica los paréntesis de tantas divagaciones.

No era revoltoso. Gustábale, sí, vagabundear por la ciudad y sus alrededores. No paraba nunca en casa. Complacíase más que en hablar, en escuchar el palique de otras personas. Seducíale ir, con sus amigachos, a la descubierta de la vida, con ese afán del documento humano, que con el tiempo, al acometer la formidable labor de los "Episodios", le impulsó a peregrinar, fuera de camino, por muchos rincones de España.

Don Benito a Madrid

El padre de don Benito era propietario. La familia de don Benito

conservó aún la casa de la calle de Cano, donde nació el novelista, y la finca del Monte Lentiscal, en la que el estudiante pasó más de un estío en andanzas por los montes. Por allí, por aquellas tierras volcánicas, famosas por sus mostos, anduvo desterrado y en conjuras contra el régimen de España, el general Prim, a quien más tarde había de consagrar Pérez Galdós uno de sus libros y una de sus admiraciones más fervientes.

Al terminar el bachillerato, a los diez y ocho años de edad, don Benito partió hacia Madrid. Empezar una carrera significaba entonces—mucho más que ahora—un gran sacrificio para nosotros, los isleños. La carrera imponía en aquel tiempo una larga ausencia y gastos muy costosos. Salir de Canarias, abandonar la familia, dejar la casa, requerían un esfuerzo de voluntad y una vocación firme. Y don Benito lo tuvo. Soñaba con ser... abogado.

Se fué y se avecindó en Madrid; el frío y la nostalgia le acorralaron en las casas de huéspedes; aprobó dos años de la carrera de Derecho; trocó el aula por las tertulias de café; substituyó los libros de texto con los libros de vaga y amena literatura; se metió en política; vivió huído por

liberal; fué diputado por Puerto Rico; llamó a su madre y a sus hermanos a la Corte; trabajó, triunfó, conoció la popularidad; supo lo que es la gloria. Y al cabo de muchos años, en plena fama, volvió a la isla...

En su tierra

Volvió en busca del pasado. Llegó sin anunciarse y se sustrajo a toda exhibición. Quiso y logró que le dejaran andar a sus anchas por los lugares que frecuentaba cuando niño. Muchos de sus compañeros de la niñez se habían ido a las "Platane-ras" (el cementerio); otros, cohibidos por el prestigio del novelista, se retrajeron respetuosamente de su trato. Mas hubo uno, el maestro Joaquín Gutiérrez, que no retrocedió ante la celebridad de don Benito. En él encontró el novelista una compañía fiel y una admiración que rayó en idolatría. Era Joaquín Gutiérrez hombre popular en Gran Canaria: carpintero, latonero y, sobre todo, discutidor incansable. Siempre entre dos copas, rompía a hablar, a lo mejor de la discusión, en endecasílabos. Cuando se le subían los humos a la cabeza, olvidábase de su admiración por Galdós y asegu-

raba que entre el mérito de don Benito y su propio mérito, no había más que una cuestión de recursos: que don Benito se había ilustrado en Madrid, y que él, el maestro Gutiérrez, se había quedado en poeta local, sin editor, por falta de fortuna.

Con aquel hombre, que acabó por imitar hasta su paso y gesto, visitó Pérez Galdós la ciudad y sus alrededores; con él halló la pista de otros amigos; con él recordó sus travesuras de estudiante; con él, a diario, a puesta de sol, se iba a sentar en los Poyos del Obispo, más allá del barrio de San José, en la carretera de Telde. El camino pasa al pie del caserío colgado de las vertientes de la montaña; de la carretera al mar ondulan los platanales de San José, la vega amiga, campo de las divagaciones infantiles del escritor. Entre las plataneras, junto al mar, relucen, blancas, a la luz del crepúsculo, las tapias del cementerio: el pasado.

Una travesura de don Benito

Una tarde, en compañía del maestro Joaquín Gutiérrez, en los Poyos del Obispo, tuvo don Benito una ocurrencia diabólica. Pasaban por

allí, camino de la ciudad, unas "magas" con cestas de huevos a la cabeza. A don Benito le brincó el alma en el cuerpo; y se empeñó en recordar sus mataperrerías de muchacho.

—Oye, Joaquín—le preguntó a su compañero—, ¿serías capaz de hacer tropezar a una de esas "magas"? Ten cuidado, no se haga daño. Yo pagaré el estropicio.

Al poeta le faltó tiempo para complacer a don Benito: echó mano a una de las mujeres; alzó ésta los brazos, y los huevos se hicieron una tortilla en el camino. Las mujeres pusieron el grito en el cielo y les injuriaron, hasta que don Benito pagó, peseta por peseta, la mercancía.

Y los dos amigos, vueltos momentáneamente a la infancia, regresaron riéndose a la ciudad. Y frente al Cuarto de las Cachuchas—el cuartelillo—miraron de reojo y apretaron el paso, como en los días felices, cuando los municipales les adivinaban en los ojos las intenciones.

Miguel SARMIENTO.

Octubre de 1919.

**Recuerdos de su vida
de estudiante**

Los compañeros del Colegio de San Agustín de Las Palmas, donde se educó Galdós, refieren curiosos detalles de la vida y las costumbres de don Benito durante sus primeros años de estudiante.

No era un muchacho revoltoso, pero a menudo prefería las calles y plazas de Las Palmas y las tortuosas carreteras de las montañas a la disciplinada formalidad de las aulas o la austeridad matriarcal del hogar. Con licencia o sin ella, iba a la descubierta de individuos o grupos interesantes para observarlos o para entablar conversación con ellos; mejor dicho, para escuchar, puesto que ya en la adolescencia Galdós escuchaba mucho y hablaba muy poco.

Como si fuera hoy—recuerda un condiscípulo—veo con perfecta lucidez a Benito Pérez sentado en una dura banca del salón de estudio en

San Agustín y casi echado sobre la negra tapa de la carpeta, emborronaba cuartillas y adornaba su mano atrevida y profanadora con dibujos y caricaturas las márgenes de los libros de texto. En vano procuraba el profesor imponerle la disciplina, exhortándole: "Señor Pérez, ¡póngase derecho!". El señor Pérez estaba tan poco acostumbrado a ponerse derecho, que le era casi imposible hacerlo.

En el relato que hace Galdós de las primeras etapas en su carrera literaria, dice: "Todo muchacho despabilado, nacido en territorio español, es dramaturgo antes de ser otra cosa más práctica y verdadera. Yo enjaretaba dramas y comedias con vertiginosa rapidez."

Aunque esta confesión se refiere a los primeros años en Madrid, es igualmente aplicable al período preparatorio en Las Palmas. En el salón de estudio del Colegio por primera vez cedió a la tentación romántica de hacer un drama horripilante, histórico, en un acto y en verso, titulado "Quien mal hace, bien no espere", que probablemente fué interpretado en 1861 por una compañía de aficionados en un improvisado teatro casero.

Las arrebatadas pasiones no ha-

bían de ser el fuerte de Galdós; su talento residía en la observación directa de los detalles minuciosos de la vida social, en la sátira, en el análisis, en la crítica, en la penetración psicológica y en el diálogo palpitante; y al desenvolvimiento de estos aspectos de su talento dedicó Galdós casi todo el tiempo que debía estudiar. Parece que todas sus facultades se revelaron con insistencia en 1861 y 1862, los dos últimos años que pasó en el Colegio. (*)

De esta época datan las siguientes tentativas literarias: "Un viaje redondo", fragmento de un cuento —dantesco por la forma y cervantino por el estilo—, que trata de un viaje de ida y vuelta al infierno; "El Sol", breve ensayo de crítica literaria; "La Antorcha", revista satírica, dirigida y escrita casi exclusivamente por su redactor—Galdós—; y, finalmente, dos poesías satíricas, una de las cuales aludía de un modo tan directo y específico a una persona determinada, que por poco paga el autor con su cuerpo los caprichos de

(*) En 1862, en la Exposición Provincial de Las Palmas, le premiaron a Galdós con un accésit y con un premio secundario, dos bocetos y un cuadro al óleo.

su musa. Otros ensayos juveniles del mismo período salieron sin duda en la Prensa isleña. A propósito de sus primeras tentativas literarias, declaró Galdós en una ocasión: "Escribí unos cuantos artículos en un periódico que se titulaba "El País", y en otro cuyo título era "El Eco de...", no recuerdo de qué; pero nada conservo de aquellos infantiles ensayos ni me he cuidado nunca de recogerlos." Sin embargo, en ningún periódico de Las Palmas anterior a 1865, ha sido posible encontrar nada suscrito por Galdós, aunque hay muchos cuadros de costumbres, firmados con pseudónimo, que por su estilo y punto de vista tienen semejanza en los publicados por Galdós, años después, en "La Nación", de Madrid.

En dicho periódico se "estrenó" Galdós como poeta con unos versos satíricos, confeccionados en el Colegio de San Agustín de Las Palmas. La poesía, que llevaba por título "El Pollo", decía así:

¿Ves ese erguido embeleco,
ese elegante sin par,
que lleva el dedo pulgar
en la manga del chaleco:
que altisonante y enfático
dice mentiras y enredos,

agitando entre sus dedos
el bastón aristocrático;
que estirando la cerviz
enseña los blancos dientes
sobre la curva nariz;
que saluda con tiesura
a todo el género humano,
y lleva siempre la mano
enclavada en la cintura;
que más obtuso que un canto
y sin saber la cartilla,
refiere la maravilla
del combate de Lepanto;
que va al teatro y pasea
sus miradas ardorosas,
contemplando a las hermosas
jóvenes de la platea,
que aplaude mucho al tenor
y aplaude a la Cavaletti,
y critica a Donizzetti,
y al autor del Trovador;
que hallándose en la reunión,
sin modales elegantes
se va estirando los guantes
por vía de admiración?...
Ese estirado pimpollo
que pasea y se engalana
de la noche a la mañana,
es lo que se llama un pollo.

Aunque esta composición no se
distinga por su mérito literario, sin
embargo, no carece de interés, por-

que en ella se anuncia ya la actitud hostil de Galdós hacia los "señoritos", el tipo social que siempre censura en sus obras.

Dos anécdotas

Por hallarse enfermo en cama un pariente de Galdós, que habitaba la misma casa de huéspedes que mi dicho amigo, iba por allí todos los días el gran escritor a enterarse del estado de salud de su deudo; mas si encontraba personas extrañas en la habitación del doliente, la huraña de don Benito se revelaba seguidamente tanto en los monosílabos que pronunciaba como en la rapidez con que tomaba la puerta y desaparecía.

Cuando no hallaba visitas importunas, el maestro se sentaba un rato, y a las peticiones de que contara algo de las múltiples cosas que anotaba diariamente en su cartera, contestaba sacando ésta y narrando una escena del natural, ayudado con los escritos, dibujos y apostillas de aquel arsenal de datos, a cual más curioso y atrayente, y del que el gran escritor sacaba más tarde aquellos personajes de carne y hueso con que primoreaba sus obras,

haciendo las delicias de los innumerables lectores.

Don Benito dijo un día a su pariente enfermo y al amigo que me relató el sucedido:

—Vengo del Rastro, donde he presenciado dos escenas dignas de anotación.

Y sacando sus apuntes, para ayudar la memoria, les contó lo siguiente:

—Sobre una larga mesa que sólo tenía tres patas, por haber pasado la cuarta a mejor vida, se hallaban a la venta, entre otras muchas mercancías, una sartén sin mango, una espuela sin gallo, una taza sin asa, una copa sin pie... y así fué leyendo lo menos treinta objetos a los que faltaba siempre una parte integrante.

Detrás de la mesa zancajeaba, para matar el frío, un hombre flaco, embozado en una capa sin esclavina, y cuando alguna persona pasaba frente a su puesto, decía con voz bronca:

—¡Caballeros! ¿Quién se equipa?

En otro puesto, un andaluz, roteño, vendía los exquisitos melones de su tierra, teniendo los sabrosos frutos delante de sí, en abundante cuantía y formando pila como balas de cañón.

Un caballero se detuvo a mirar los melones y preguntó después al vendedor:

—¿A cómo son los melones?

El andaluz miró afanoso a su alrededor, como si buscase algo, y acabó dirigiendo la vista al comprador, interrogándole con la mirada.

El caballero preguntó por segunda vez:

—¿Que a cómo son los melones?

Y el roteño repitió sus movimientos y actitudes como buscando con interés por los suelos algo que no encontraría.

Tercera pregunta, con tono irritado, del comprador:

—¡Oiga usted! ¿Que a cómo son los melones?

Y el vendedor, después de repetir sus arlequinadas, dijo con extrañeza:

—¿Qué melones?

—¡¡Estos!!—gritó indignado el caballero, señalando los abundantes frutos.

—Estos... no son melones—repuso muy serio el de Rota.

—Pues entonces, ¿qué es esto?—dijo amoscándose el comprador ante las mismas narices del pachorrudo melonero.

—¿Ezo... ezo es... ¡armíbar!

Leocadio Machado.

**MEMORABLES PALABRAS DE
GALDOS A LOS CANARIOS
EN MADRID**

El 9 de diciembre de 1900 los canarios residentes en Madrid celebraron un acto en honor del glorioso autor de los «Episodios Nacionales». Entre los concurrentes figuraban los señores D. Nicolás Estévez, don Tomás García Guerra, Excmo. Sr. Marqués de Villasegura, Excmo. señor General D. Luis de Cubas, Excmo. señor General D. Federico Verdugo, D. Antonio Domínguez Alfonso, D. F. Fernández de Bethencourt, D. Luis Antúnez y Monzón, Excmo. Sr. General D. José March, Don Octavio Revuelta Valcárcel, D. Felipe Pérez del Toro, D. Juan de Quesada y Déniz, D. Luis Maffiotte y La Roche, D. Andrés Antequera y Benvenuty, Excmo. Señor Conde de Belascoáin, D. Juan Alonso Martínez, D. Bruno Henríquez Hernández, D. Tomás Doreste y Socorro, D. Enrique Pérez Soto, D. Juan Feria Concepción, D. Guillermo Laynes Bravo de La-

guna, D. José Wangüemert y Poggio, Don Eduardo Morales Yanez, D. Manuel Lorenzo Mendoza, D. José de Lara y Mesa, D. Manuel Delgado Barreto, D. Luis León y Castillo, D. Pedro Matos y Massieu, Don Leopoldo Matos y Massieu, D. José Ace-do y Llarena, D. Esteban Salazar y Cólogan, D. Juan Ascanio y Nieves, D. Félix Benítez de Lugo, D. Antonio Moreno y Caubín, D. Juan Moreno y Caubín, D. Felipe Massieu de La Rocha, D. José Massieu de La Rocha, D. Julio de la Rosa Real, D. José Melián Chapí, D. Antonio Domínguez Fernández, D. José Rivero Sánchez, D. Pedro León Morales, D. Manuel León Guerra, D. Maximiano Ramírez Morales, D. José Ramírez Morales, D. Sixto del Castillo y Manrique de Lara, D. José Manrique y La Rocha, D. Policarpo Padrón y Verdugo, D. Juan Rodríguez López, D. Juan Hidalgo Navarro, Don Francisco Hernández Arata, Don Manuel Abreu Pérez, D. Miguel Carballo de las Casas, D. José Fragoso Bencomo, D. José Prada y Castaño, D. Luis Doreste Silva, D. Fulgencio Melo y Novo, D. Nicolás Fuentes Geraldí, D. Pablo Ascanio León, D. Pedro González Suárez, D. Domingo Salazar y Cólogan, D. Mariano Raimundo, D. José Ferreras, Director de «El Correo», D. Salvador Canals, de «El Español», Don E. Gómez de Baquero, de «La Epoca», y D. Enrique Trompeta, de «El Libertad».

La Comisión organizadora la formaban

los señores D. José Betancort Cabrera, D. Ricardo Ruiz y Benítez de Lugo, Don Manuel Medina Navarro y D. Andrés Alós Cabrera.

Entre los brindis y discursos que se pronunciaron recogemos los siguientes:

De D. Nicolás Estévez

Compatriotas: Hablar en presencia del maestro, es una temeridad. Si yo lo hago, es para proclamar aquí la monarquía de las Letras; y aquí tienen ustedes el monarca. (Señalando a Galdós.)

Mucho me place que celebremos juntos la gloria de la provincia... No sé yo de dónde han sacado algunos la peregrina idea de que el amor a la patria chica excluye el culto a la grande: son dos cosas perfectamente compatibles, como el amor a la madre con el cariño a la abuela.

El afecto a la pequeña patria es el más natural, más instintivo: los pájaros aman sus nidos, que se mecen en las ramas arrullados por los vientos, como vientos y olas arru-

¡Van nuestras islas; y es un amor de ninguna manera incompatible con el que se debe al tronco del árbol patrio, cuyas raíces penetran hondamente en el suelo y en la historia.

Si algún día desaparecieran las fronteras y las nacionalidades, sólo entonces dejaríamos de ser españoles; pero ni aun entonces dejaríamos de ser canarios...

¡Volátiles!

Permitidme brindar por el pájaro ilustre que es gloria de nuestros niños y de toda España.

Carta de Fernández Neda

En el acto a que nos referimos, leyóse una carta del ilustre escritor y poeta tinerfeño don Rafael Fernández Neda, que decía como sigue:

Sr. D. Ricardo Ruiz y Benítez de Lugo.

"Mi estimado amigo: Sigo enfermo, y me veo privado del gusto de asistir personalmente al banquete que se celebrará hoy en homenaje a Pérez Galdós; pero mi voluntad y mi corazón estarán con los paisanos en ese acto, y mi voz, si quiere us-

ted llevarla, rendirá cariñoso tributo de admiración a nuestro ilustre compatriota.

Acaso sea yo, entre los canarios residentes en Madrid, el único compañero de Pérez Galdós en los tiempos universitarios; yo más avanzado en la edad, él más avanzado en todo lo demás, especialmente en cuanto a la inteligencia se refiere; y por eso, por derecho de antigüedad y de afecto, llamado, entre los más entusiastas, a darle hoy el parabién.

Siempre se recuerdan, con amargura muchas veces, con alegría pocas, esos tiempos en que la vida aparece como una novela romántica a través de las ilusiones de la juventud; ahora, fatigados por los años, miramos el pasado y el presente, y hasta el porvenir, como un libro viejo y desencuadernado, libro de filosofía desconsoladora, cuyas hojas, borrosas y arrugadas, arrastra el tiempo a los abismos del olvido. ¡Dichosos los jóvenes que ven la vida como una novela brillante! ¡Dichosos los que, como Pérez Galdós, escriben esa novela fecunda entre resplandores de gloria!

• El grave Turgot decía que los novelistas han extendido mayor número de verdades que todas las demás

clases reunidas; y esa afirmación no necesita explicaciones ni comentarios, aplicándose al autor de los "Episodios Nacionales", al gran canario por derecho propio, no por hijo de la isla que lleva ese calificativo: al contrario, la mayoría de las gentes hoy, y el mundo entero mañana, estimarán que si una de las afortunadas se llama grande, lo debe a ser la madre de Pérez Galdós.

Por último, en esa reunión donde los canarios están unidos en afecto y en voluntad, como lo están o deben estarlo las siete islas hermanas, sírvase usted saludarlos a todos en mi nombre y dar a Pérez Galdós un abrazo a nombre de la isla de Tenerife, cuya voz me permito en esta ocasión llevar con usted y con los demás tinerfeños que la representan.

De usted afectísimo amigo y seguro servidor q. b. s. m., Rafael F. Neda."

Memorables palabras de Galdós

En la fiesta con que me honráis, quiero y debo ver, más que el aplauso de mis lectores, el cariño de mis paisanos, y así lo declaro sin pararme a indagar el motivo de tan grandes honores, ni a discernir si me los tributáis con justicia o sin ella. Me basta ver y sentir este cariño; a él correspondo con mi gratitud, y quisiera que vuestros sentimientos y los mios, unidos en un solo haz, recayesen sobre nuestra tierra, para que a ella vuelva todo lo que de ella ha salido, y sea suyo todo lo que de derecho le pertenece.

Al propio tiempo, no puedo menos de creer que vuestras miradas pasan por encima del compatriota a quien tributáis homenaje tan desmedido, y se dirigen en busca de más altos ideales, abarcando extensiones

más amplias que las de nuestro querido Archipiélago.

Habéis visto que ha llegado la hora de avivar en nuestras almas el amor a la patria chica para encender con él, en llamarada inextinguible, el amor de la grande; habéis advertido que la preferencia del terruño natal debe ahora ensanchar sus horizontes, llevándonos a querer y venerar con mayor entusiasmo el conjunto de tradiciones, hechos y caracteres, de glorias y desventuras, de alegrías y tristezas que constituyen el hogar nacional, tan grande que sus muros abumados no caben en la Historia.

Pues bien: aquí, en la intimidad del patriotismo regional, familiar, casi doméstico, me permito asegurar, en nombre de todos los que me escuchan, que en nosotros vive y vivirá siempre el alma española, y hoy más que nunca es necesario que así se diga, como remedio confortante del pesimismo y de las tristezas enfermizas de la España de hoy. Ensanchemos acá y allá nuestros corazones, tengamos fe en nuestros destinos, y digamos y declaremos que no se nos arrancará por la fuerza, como rama frágil y quebradiza, del tronco robusto a que pertenecemos. No creamos ni aun en la po-

sibilidad de que pueda haber una mano extranjera con poder bastante para cortarnos o desgajarnos, y hacer de nuestro Archipiélago una lanza que no sea española.

Imprudente y peligroso es hablar tanto de embestidas de extranjeros codiciosos. España sufre pesadillas, en las cuales sueña que la despojan, que la mutilan y amputan horrorosamente. Esto es absurdo, es pueril, y revela un decaimiento del ánimo y una pobreza de vitalidad que, sin correctivo enérgico, nos llevarían a la muerte.

Contra este pesimismo, que viene a ser, si en ello nos fijamos, una forma de la pereza, debemos protestar confirmando nuestra fe en el derecho y en la justicia, negando que sea la violencia la única ley de los tiempos presentes y próximos, y declarando accidentales y pasajeros los ejemplos que el mundo nos ofrece del imperio de la fuerza bruta.

Ahora que la fe nacional parece enfriada y obscurecida, ahora que en nosotros ven algunos la rama del árbol patrio más expuesta a ser arrancada, demos el ejemplo de confianza en el porvenir. No seamos jactanciosos; pero tampoco agoreros siniestros y fatídicos.

Nosotros, los más chicos, seamos

los más grandes en la firmeza y vigor de las resoluciones; nosotros, los últimos en fuerza y en abolen-go histórico, seamos los primeros en la confianza, como somos los primeros en el peligro; nosotros, los más distantes, seamos los más próximos en el corazón de la patria.

De este modo contribuiremos a formar lo que hace tanta falta: la fe nacional. Cada cual en su esfera, grande o chica, debe ayudar a formarla y robustecerla, pues sin esa gran virtud, no hay salvación posible para las naciones. Seamos, pues, los primeros y más fervorosos creyentes, y decláremos que el Archipiélago canario, centinela avanzado de España en medio del Océano, conoce bien las responsabilidades de su puesto, y en él permanece y permanecerá siempre firme, vigilante, sin jactancia ni miedo, confiado en sí mismo y en su derecho, sintiendo en su alma todo el fuego del alma española, que siempre fué el alma de las grandes virtudes, de aquéllas que superan al heroísmo o son su forma más espiritual: la paciencia y el cumplimiento estricto del deber.

En la muerte del maestro

Le conocí muy joven, cuando recibía los aplausos con que fueron acogidas sus primeras obras: "La Fontana de Oro" y "El audaz. Memorias de un radical de antaño". Diariamente le veía en su despacho de la calle de Muñoz Torrero, cuando escribía "Trafalgar", el primero de sus "Episodios", que en galeras leí antes de salir a luz. Conservamos siempre buena amistad y hoy guardo sus cartas como reliquias.

Le ví por última vez, en Tenerife, cuando hizo a las islas su última visita. En Madrid, hace dos años, quise visitarle, pero en el portal de su casa me detuvo uno de sus familiares, diciéndome que el estado de su salud era muy delicado y que cuando le visitaban personas a las que estimaba y no veía hacía tiempo, se afectaba mucho. No me

atreví a insistir y me retiré pesaroso, con el triste presentimiento de que no habría de volver a estrechar su mano. Así ha sido, aunque siendo él el primero en rendir su tributo a la muerte.

Patricio Estévez.

Enero, 6, 1920.

* *

ARS, NATURA, VERITAS

Este es el lema que puso Galdós en la portada de sus obras y a él ajustó su técnica durante cuarenta y nueve años de incansable y fecunda labor.

Arte, naturalidad y verdad. He ahí las cualidades sobresalientes de ese monumento maravilloso, el más grande de la literatura novelesca de la última centuria—como dijo González Serrano—, pues en muchos aspectos, la producción de Galdós supera incluso a la de Balzac.

Entrar irreverentemente en una gran basílica, prodigio del Arte y de

la Fe, como un pisaverde, para decir cuatro necedades, sería imperdonable. Algo así me parece intentar siquiera hablar de Galdós en el espacio de una cuartilla.

La figura colosal de don Benito no cabe en el objetivo de la máquina fotográfica de bolsillo de cualquier mal aficionado...

×

La última vez que le ví en compañía de José Betancort (Angel Guerra), uno de sus íntimos, ya semiciego, abrumado con el peso de los años, en la penumbra de su escritorio, modesto y silencioso, al atardecer de un día otoñal, experimenté una de las más hondas emociones de mi vida... La luz de la idea, del fuego creador, ardía en su espíritu excelso, pero ya las pupilas fatigadas de la labor ímproba, casi sobrehumana, ciclópea, se rendían definitivamente, sepultando al Maestro en la eterna pesadumbre de las sombras, robándole sus más intensos placeres: recrearse en los prodigios de la Naturaleza, de quien fué amador rendidísimo; escrutar los abismos de las conciencias con su mirada adivinatora de psicólogo maravilloso, y trazar por sí mismo los signos externos de la producción artística a que viviera consa-

grado durante toda su existencia...
¡Horroroso martirio de luces y li-
nieblas; pugna formidable de ener-
gías creadoras y de tristes desola-
ciones, en que Galdós tuvo que pa-
sar los últimos años de su vida, do-
liente y resignado, antes de entrar
definitivamente en los reinos de la
inmortalidad!

B. Pérez Armas,

* *

Conocí a Galdós, y me pareció en
su trato un niño sabio. Hoy ratifico
mi juicio, pues cometió la candidez
de morirse, cuando vive y vivirá
mientras se hable la lengua de Cas-
tilla,

José Tabares Bartlett.

* *

Así como Cartago vive aun en las
páginas inmortales de "Salambó",
España vivirá siempre en la obra

gigantesca de Galdós. Es una montaña en cuyo punto culminante se destaca su portentoso drama "El abuelo", evocador de aquella tragedia de amor filial, "El rey Lear", del incomparable dramaturgo inglés.

J. H. Amador,

Yo conocí a Galdós en ocasión en que se hallaba presidiendo un mitin. Leía unas cuartillas, admirables, pausadamente, con voz apagada. El público le escuchaba con respeto, pero sin interés. También él me pareció que leía sin fe, como el que cumple un deber penoso.

Indudablemente, Galdós no era un político en la acepción vulgar de la palabra. Para serlo, le sobraba honradez y buena fe; le faltaba la habilidad, la argucia, para defenderse en esa lucha de encrucijada en que se movía la política española. Su voz era templanza, seriedad, justicia. No sabía hacer esos juegos de artificio con la oración, que tanto privan en nuestro pueblo. Sólo su-

po, hasta el último momento, poner toda su poderosa inteligencia y su voluntad al servicio de las nobles causas.

Andrés Orozco.

* *

Galdós fué educador hasta con el ejemplo; en él no hubo nunca claudicaciones, ni siquiera las de última hora. Toda su obra sigue una orientación definida; desde joven sostuvo con tesón las mismas ideas, cosa muy rara en este país de transfugas.

Espíritu viril, espíritu nuestro, guanche, recio como nuestras montañas, mental y corporalmente, colosal como nuestro Teide, don Benito nos señaló el camino a seguir. Muerto el viejo Maestro, los que nos consideramos sus discípulos, los que leyéndole nos hemos conmovido y entusiasmado tantas veces, como homenaje a su memoria, en vez de lápida, coronas o estatuas, de que tanto ha abusado la tontería humana, laboremos porque su ideal educativo y social sea una realidad y

hagámosle llegar al pueblo de quien
y para quien tanto escribió el inol-
vidable Abuelo.

F. Doreste Betancor,

* *

Si los grandes ingenios simbolizan en sus obras y en sus creaciones el íntimo sentir de los pueblos en que surgieron a la vida, puede asegurarse sin dudas ni temores que las islas Canarias han tenido el símbolo de su sentir español en la labor de sus dos más famosos escritores: Viera y Clavijo, con su Historia regional, acabado modelo de investigación tan laboriosa como concienzuda y discreta, y Pérez Galdós con sus "Episodios Nacionales", monumento el más grande y perdurable que sabio alguno haya ofrendado a las patrias glorias.

D. Guigou.

**HOMENAJE DE LOS POETAS
ISLEÑOS**

GALDOS, CREADOR

¿Y tú, incansable creador de seres,
imágenes del templo de tu gloria,
arquetipos de hombres y mujeres
que ya fatiga son de la memoria;

ejemplares y humanos caracteres
que concebiste para hacer la historia
del alma y las costumbres, ¡ay!, tú mueres?...
¡Acaso sea tu mayor victoria!

Cuando no hay ideal que los alumbre,
y solamente al interés abrigo
los pueblos dan, morir no es pesadumbre;

¡vale más descansar en suelo amigo,
que vivir entre cieno y podredumbre
y de tanta vergüenza ser testigo!...

Enero, 1920.

* *

LOS PERSONAJES DE GALDOS

Cuando expiró el maestro, asombro de la gente, por ser el prototipo del genio y la constancia, yo sé que penetraron en la mortuoria estancia todos los personajes que concibió su mente.

El lecho rodearon cubriéndolo de flores —piadosa y delicada señal de sentimiento— y no se oyó una queja, ni un grito, ni un lamento, que sólo tienen llanto del alma los dolores.

«Fortunata» y «Jacintas», cogidas de la mano, el coro presidían de la nocturna vela, y próxima a este grupo, tan bello como humano

de las protagonistas de la inmortal novela, sin apartar los ojos del venerable anciano, estaba de rodillas la pobre «Marianela»...

Antonio ZEROLO

EL MAESTRO

Su vida fué brillante y excelsa y portentosa,
el claro sol del genio en su cerebro ardía.
Fué un artífice magno; la puerta luminosa
del Templo de la Fama se abrió, a su paso, un día.

Galdós fué el predilecto de Clio y de Talía,
que le mimaron siempre con cariño de hermanas,
en aquellas sublimes historias que escribía
y en sus comedias, triunfo de las letras hispanas.

Su muerte fué santísima, fué la muerte del bueno,
digna de la grandeza de su vivir sereno:

Una vez que la Gloria lo vino a visitar,

diz que, como una madre, le dió un beso en la
[frente,

y el anciano Maestro se durmió mansamente,
se durmió dulcemente... ¡Para no despertarl...

Juan Pérez Delgado («Nijota»).

EN LA MUERTE DEL MAESTRO

Galdós ha muerto. Llorad;
no han de ser vuestra piedad
ni vuestras lágrimas vanas
porque lloráis la orfandad
de las letras castellanas.

El nos dió, hecha luz, la esencia
de su rara inteligencia;
que pueda decir la Historia
fuimos dignos de la herencia
de su fama y de su gloria.

Gloria y fama que, ligeras,
como águilas altaneras
del pensamiento español,
no hallarán nunca fronteras
«ni verán ponerse el sol».

Domingo J. Manrique.

ANTE UN RETRATO DE GALDOS YACENTE

En su lecho de muerte yace Galdós; la helada faz, en la quietud muda del eterno reposo, hecha marfil, retiene, de un modo prodigioso la expresión del Maestro, tranquila y resignada.

No pudo de la intrusa la negra pincelada alterar las facciones del inmortal coloso: ni una sombría nube, ni un rictus doloroso pudo imprimir en ellas su mano descarnada.

Los párpados se cierran bajo la augusta frente donde puso la gloria su beso más ardiente, con esa pesadumbre de gladiador cansado

que, agotadas las fuerzas en su bregar potente, tras la magna victoria se acuesta fatigado, y después, como un niño, se duerme dulcemente.

Domingo J. Manrique.

GALDOS, INMORTAL

La muerte chasqueada
quedó en esta ocasión; su brazo experto
para hundir a los hombres en la Nada,
del Maestro dejó el sepulcro abierto,
y escapó cual Jesús: Galdós no ha muerto.

Guillermo Perera y Alvarez,

Como el gigantesco Teide
fué el novelista Galdós;
tan grande, que con su genio
hasta las nubes llegó,

Siendo niño le dormían
al compás del «arrorró»...
¡Qué gloria para Canarias
ser la madre de Galdós!

Crosita,

TRANSCURRIRAN LOS SIGLOS...

El cataclismo cósmico que en época ignorada
océanos y rocas desencajó al azar,
hundió bajo las aguas la tierra afortunada
dejando trece picos flotando sobre el mar.

Cual náufragos hermanos se asieron a las breñas
los que hasta allí vivieran de un drago en derredor,
y el mar, que pudo aislarles en sus diversas peñas,
no pudo en mil amores partir su único amor.

Y siempre que una isla lloró al sentirse herida,
las otras, sin amparo dejáronla jamás;
y así cuando una gloria en un peñón anida,
como una gloria propia la estiman los demás.

Transcurrirán los años y siglos a millares,
mas fuere como fuere el porvenir de Dios,
los navegantes siempre que crucen estos mares
dirán que sólo un Teide fué digno de un Galdós.

X X X

IN MEMORIAM

En su péñola de oro tuvo la historia hispana
del siglo diez y nueve su gran comentatista.
Como además de un sabio guiábala un artista,
la infatigable pluma fué sencilla y galana.

Alfonso Ojeda.

En tres palabras anhelo
concretar tu limpia historia:
con amor digo: «El Abuelo»,
y después exclamo: «¡Gloria!».

Manuel Verdugo

La ofrenda emocionada

A Don Benito Pérez Galdós

Este luchador insigne de la apostólica traza;
ayer el árbol más recio de cuantos nutrió la Raza
y hoy en su sillón hundido, tímido, infinito y pobre,
vedle arribar a la linde de la vejez macilenta:
símbolo fiel de esta España en donde todo se cuenta
—Honor, Belleza y Dineros—todo, en monedas de co-
(bre...

El, que llevaba en su mente incalculables tesoros;
que vistió miles de ensueños con el valor de sus oros
y vertió en obras eternas su gran liberalidad...
Todos pasar le hemos visto por el urbano espectáculo,
la gruesa bufanda al cuello y el recio bastón por
(báculo,
encorvado bajo el noble peso de su ancianidad.

Peregrino de una Meca quimérica, el Pensamiento desentrañaba sus pliegues como una oriflama al viento esclareciendo su siglo con su luminosidad; y todos, también, leímos su alto pregón de batalla que al nimbar la reciedumbre de su perfil de medalla decía en exergo: Arte, Naturaleza, Verdad...

Su genio mezcló en un solo crisol las tres Unidades: prestóle al Verbo el apoyo de todas sus facultades y el Sueño, carbón ardiente, verificó la fusión. El Arte daba la pauta con su instinto soberano; la Naturaleza el vaho cálido, cordial y humano, y era la Verdad la síntesis final de la religión...

Tras ella corrió afanoso desde sus años primeros; su fe cruzó imperturbable los mas distantes senderos, y escudriñó en los hogares y se unió a la multitud; y adondequiera que el sino guiaba su planta austera iba prendida a su brazo, dulcísima compañera toda vestida de blanco como un niño, la Virtud...

Al no topar en la ruta con la deidad perseguida, dejó las cómodas sendas donde florece la vida y descendió a los suburbios del humano muladar; y entre el negror pestilente de tanta lacra saniosa se vió la llama furtiva de su piedad religiosa con la sagrada eminencia de una custodia brillar...

Cuerpos deformes e impuros, almas de infamia y
(desdoro:

¡todos los frutos podridos del árbol humano! a coro
con lenguas atormentadas dábanle su parabién;
y él, entre tantas lacerias, pasaba humilde y hermoso
aplicando a las heridas vendas de amor, generoso
y enderezando conciencias con la ortopedia del Bien...

Y un día creyó encontrarla en el dolor de su raza,
y puso de manifiesto su corazón en la plaza,
mas sus hermanos no oyeron o no supieron oír:
y es que nuestro pensamiento es actual y limitado
mientras la voz de los dioses o del Profeta Inspirado
desciende desde una nube y suena en el porvenir...

Y al fin sus ojos cegaron de mirar tanta impureza;
él, que juzgaba la vida como un raudal de belleza
inagotable, certóse a todo halago ulterior
y se sumió, quebrantado por los golpes de la liza,
en esa actitud sedente que ya la piedra eterniza:
¡esperando que se cumpla la voluntad del Señor!

¡Oh, don Benito! Si el alma fuera lo bastante pura
para asumir el reposo de vuestra inmensa figura;
yo os la entregaría—débil y amilanado sostén—
porque os contara al oído, con infinita cautela,
—¡lazarillo emocionado cual la dolorosa Nela!—
las maravillas del mundo que ya esos ojos no ven.

